

Santo Tomás de Aquino

(SAN AGUSTÍN.) Se concedió a aquel pueblo el ofrecimiento de estos sacrificios por ser muy carnal, con el fin de que no se dedicase al culto de los ídolos: por esto sacrificaban bueyes, ovejas y palomas.

(SAN AGUSTÍN.) Y Aquél que sería más adelante azotado por los judíos, los azotó antes. Por esto sigue: "Y haciendo de cuerdas una especie de látigo, los echó a todos del templo", etc.

(TEÓFILO.) Y no sólo echó a los que vendían y compraban, sino también lo que a éstos pertenecía. Por esto sigue: "Y las ovejas y los bueyes, y arrojó por tierra el dinero de los cambistas", esto es, las mesas de cambio que eran como depósitos de dinero.

(ORÍGENES.) Consideremos también, no nos parezca cosa enorme, que el Hijo de Dios preparó una especie de látigo de las cuerdas que había recogido para arrojar del templo. Para explicar esto, nos queda una poderosa razón: el divino poder de Jesús, que cuando quería podía contrarrestar la furia de sus enemigos, aun cuando fuesen muchos, y apagar el fuego de sus maquinaciones; porque el Señor disipa las determinaciones de las gentes y reprueba los pensamientos de los pueblos. La historia presente nos demuestra que no tuvo un poder menos fuerte para esto que para hacer milagros; además, que es mayor este hecho que el milagro de haber convertido el agua en vino, porque allí había una materia inanimada, pero aquí se desbaratan los tráficos de muchos miles de hombres.

(SAN AGUSTÍN.) Se sabe que esto no lo hizo el Señor una sola vez, sino en repetidas ocasiones. Pero San Juan sólo refiere este hecho concreto, y los otros tres Evangelistas hablan de su repetición.

(ORÍGENES.) Y San Juan dice aquí que arrojó a los que vendían en el templo, y San Mateo dice que arrojó a los que vendían y compraban. Mas el número de los que compraban era mayor que el de los que vendían, cuya expulsión debía ser difícil para el que se consideraba como el hijo de un carpintero; pero por disposición divina, todos estaban sometidos a su dominio, como se ha dicho.

(SAN JUAN CRISÓSTOMO.) Llama Padre a Dios, y no se ofenden: creían que decía esto por sencillez; pero como después lo dijo con más claridad, y dejaba conocer la igualdad, se enfurecieron contra Él. Y San Mateo dice, que cuando los arrojaba les increpaba diciéndoles: "No queráis hacer mi casa cueva de ladrones". Hizo esto cuando se aproximaba su pasión, y por eso usaba de palabras más duras; mas lo que ahora dice San Juan sucedió al principio de su predicación, y por eso no usa de términos duros, sino suaves.

(SAN AGUSTÍN.) Aquel templo no era otra cosa más que una figura, y el

Señor arrojó a todos los que venían allí a traficar. ¿Y qué es lo que allí vendían? Lo que los hombres necesitaban para los sacrificios de aquellos tiempos. ¿Qué hubiera dicho si allí hubiera encontrado borrachos? Si no debe hacerse negociación ninguna en la casa del Señor, ¿deberá hacerse casa de bebidas?

(SAN JUAN CRISÓSTOMO.) ¿Pero qué fin se propuso el Salvador al obrar con tanta vehemencia? Él que había de curar en día de sábado y había de hacer muchas cosas que parecían contrarias a la Ley, hizo esto, aunque con peligro, para no aparecer como enemigo de Dios, dando a entender que aquél que en los peligros se expone por el honor que se debe a la casa de Dios, no menosprecia al Señor de ella, y por lo tanto, para demostrar su conformidad con Dios, no dijo "la casa santa", sino "la casa de mi Padre". Y por esto añade también el Evangelista: "Y se acordaron sus discípulos, que está escrito: el celo de tu casa me comió".

(SAN AGUSTÍN.) Es comido también por el celo de la casa de Dios aquél que se esfuerza por enmendar todo lo malo que en ella encuentra, y si no puede enmendarlo, lo tolera, pero se aflige. Por lo tanto, si te esfuerzas porque en tu casa nada malo se haga, en la casa de Dios, donde se encuentra la salvación, ¿deberás sufrir, en lo que de ti dependa, si algo malo encuentras? Si es un amigo, si le advierte con prudencia; si es tu mujer, repréndela con severidad; si es una criada, arrójala a empellones: haz todo lo que puedas y según sea la persona que tengas a tu cargo.

(ORÍGENES.). Es posible, que también un habitante de Jerusalén cayera por su delito, o sea que se extraviasen los más capaces e ingeniosos, que si no se convierten muy rápidamente después de su pecado, pierden la capacidad y la fuerza de su ingenio. Encuentra en el templo, esto es, en las funciones religiosas o en la enunciación de la predicación eclesiástica, a algunos que convierten la casa de su Padre en casa de negociación, y los que exponen a la venta sus bueyes, que conviene guardar para el arado, no sea que al retroceder ya no puedan ser aptos para el reino de Dios, ya también aquéllos que prefieren el dinero de la iniquidad a las ovejas de quienes obtienen lo necesario para su vestido; y hay, por último, también algunos que menosprecian la candidez de las palomas por su mal trato en la vida privada. Cuando el Señor encuentra a estos tales en su santa casa, hace como un azote de varios cordeles, y los hace huir con las ovejas que tienen a la venta, y esparce todas sus ganancias, como indignas de ser conservadas en la casa de Dios; también arranca las tablas colocadas en las almas de los avaros, y manda que no se vuelva a vender palomas en la casa de Dios. Y yo creo que estableció esto como ejemplo, en confirmación de lo que antes había dicho en secreto, con el fin de que en ello comprendamos que si algo debe hacerse respecto de aquella oblación sagrada que hacen los sacerdotes, no deben hacerse fijando la atención únicamente en el rito de las cosas sensibles, ni se debe observar la Ley en sentido material, como lo hacían los judíos. Porque arrojando fuera Jesús los bueyes y las ovejas, y mandando echar fuera las palomas, que eran las que se ofrecían en mayor número, según la costumbre de los judíos, y tirando por tierra las mesas con las monedas materiales que contenían, no de una manera clara, sino de un modo figurado las divinas

impresiones, esto es, aquellas cosas que parecían buenas según lo que está escrito en la Ley; por último, usando del azote contra la plebe, se refería a aquellas cosas que debían disolverse o desterrarse, una vez trasladado su reino a los gentiles que creyeron en Él.

(SAN AGUSTÍN.) Los que venden en la Iglesia son los que buscan lo que les agrada, y no lo que a Jesucristo, haciéndolo todo vendible, porque quieren ser pagados. Simón Mago quiso comprar la gracia del Espíritu Santo, porque se proponía venderla: era de aquéllos que vendían palomas, porque el Espíritu Santo apareció en forma de paloma; la paloma no puede ser vendida; se da gratis, porque se llama gracia.

(SAN AGUSTÍN.) Se entienden por bueyes los apóstoles y los profetas que nos prepararon las Sagradas Escrituras; y aquéllos que engañan a los pueblos, de quienes esperan recibir honores, con estas mismas Escrituras, venden los bueyes y venden las ovejas, esto es, a los mismos pueblos. ¿Y a quién los venden sino al diablo? Todo lo que se separa de la única Iglesia, ¿quién lo recibe sino el león rugiente que por todas partes rodea, buscando a quien devorar, según dice San Pedro?

(SAN AGUSTÍN.) El Señor nos lió cierto signo cuando hizo aquel látigo de retazos de cordel, y azotó a todos los que negociaban en el templo. Pues cada uno se teje un cordel en sus pecados, cuando agrega pecados a los pecados. Por consiguiente, cuando los hombres sufren algo por sus pecados, reconozcan que el Señor hace como un azote de varios cordeles, y aun les advierte que muden de vida, porque si no en el final oirán aquellas palabras: "Atadle de pies y manos".

(ORÍGENES.) Puede entenderse también por templo el alma de alguno que sea celoso, en la que habita el Verbo de Dios, aunque antes de conocer la celestial doctrina de Jesús hubiese estado ocupada por los cuidados de la tierra y las pasiones carnales. Representa estos movimientos el buey, porque es el que trabaja en el campo; la oveja representa el movimiento de las ideas insensatas, que es lo que más abunda en los animales irracionales; la paloma es la que representa la inconstancia de las imaginaciones ligeras, y signo de aquéllos que aparentan ser buenos, son los dineros que Jesucristo arrojó con su celestial doctrina para que ya nunca vuelva a ser mercado la casa de su Padre.

(Santo Tomás de Aquino, Catena Aurea, San Juan, tomo V, Cursos de Cultura Católica, Buenos Aires, 1946, pp. 68-72)